

*

Muchos entienden la poesía como un proceso de evaporización, palabras hechas humo, cuando es un milagro de cristalización, palabras hechas diamante.

La relación de ambas actitudes extremas produjo el equilibrio de alta tensión de sus versos. Era una tensión reflexiva y reflexionada. Que el es-

critor debe pararse a pensar y hacerlo constante y periódicamente nos lo demuestra con números redondos el ejemplo de las fechas de sus tres cuadernos, fíjense. “Escribir, verbo reflexivo”, dejó dicho Carlos Pujol en aforismo impagable, por lo que tiene también de ironía final, de asomarse por la esquina y guiñarnos, reconociendo que al final uno acaba siempre por decirse, afortunadamente.

Juan-Andrés Iglesias

CARLOS PUJOL, TRADUCTOR

Ya han pasado más de tres meses desde que la presencia de Carlos Pujol entre nosotros se ha vuelto diferente. Se ha transformado en algo incluso más cercano que de costumbre, cuando podíamos quedar con él. O llamarle por teléfono. Su obra sigue entre nosotros. Amigos y vecinos desde hace muchos años, me parece vislumbrarlo en un vagón del tren cuya última parada compartíamos en el Tibidabo.

(...) Nos conocimos en la editorial, cuando me llamó para ofrecerme colaborar en el proyecto de redacción de una enciclopedia. Ésta acabó por no publicarse, pero obtuve a cambio el privilegio de conocerle. Continué colaborando como traductor con la editorial, y por tal motivo pude aprovechar —aunque con menos frecuencia de la que hubiese deseado— su magisterio como profesor, filólogo y traductor.

Como aspiran a serlo bastantes traductores literarios, Carlos era escritor y era poeta. Si

no me equivoco, traducía del francés, del inglés y del italiano. Además, por supuesto, del catalán al castellano. Comentar con él una traducción era una auténtica delicia.

(...) En su caso no se aplicaba la manida fórmula italiana: traduttore, traditore. No sólo no traicionaba, sino que mejoraba el original, incluso sin proponérselo. El texto traducido, siempre fiel al original, merecía en muchos casos ser atendido con tanto respeto como al texto salido de manos del autor.

(...) La labor del traductor no es de las mejor remuneradas en el ámbito de la literatura. Por eso suele recaer en manos de quienes, además de conocer (con mayor o menor intimidad) el idioma del original, tienen solucionada su subsistencia por otros canales: funcionarios del Estado, por ejemplo, o profesores, empleados a sueldo de una editorial, o amas de casa.

En cierta ocasión un editor me enseñó los volúmenes que había publicado su empresa:

todos del alemán al castellano, y todos sobre tema informático. Me atreví a preguntarle dónde encontraba traductores para ese par de lenguas (y esa especialidad tan abstrusa).

—Es fácil: son esposas de ejecutivos o jubilados alemanes, que no tienen nada que hacer en todo el día. Al cabo de pocos meses me enteré de la suspensión de pagos de esta audaz empresa que aprovechaba de tal modo el “tiempo libre” de damas llenas de la buena voluntad del amateur, pero carentes de profesionalidad.

(...) Carlos era un escritor, que además traducía. Con todo el empeño y toda la precisión que requiere un oficio como éste. Y siendo padre de familia numerosa, jamás aceptó incorporarse como catedrático a la Universidad, para disfrutar de la mesurada tranquilidad que ofrece la percepción del salario docente de un titular de cátedra. Le fueron hechas ofertas de este tipo, y nunca las aceptó.

(...) Su labor más “pública”, como miembro y secretario del jurado de los premios literarios más importantes del ámbito hispanohablante, aparentemente no tenía nada que ver con su

trabajo de traductor. En mi opinión, sin embargo, su familiaridad con obras escritas en alguna de las principales lenguas románicas o germánicas le otorgaba una autoridad que ponía en manos del lector de sus traducciones un bagaje muy rico. A diferencia del sujeto monolingüe enragé, el traductor idóneo domina como mínimo otra lengua además de su lengua materna, y veces más de una.

De este modo, el traductor llega a conocer no sólo una lengua distinta a la suya original, sino también el conocimiento de uno o varios enfoques culturales que enriquecen sus diversas Weltanschauungen. Es evidente que este enriquecimiento no se puede lograr en un par de tardes, como aseguraba un zote al gobernante de un desdichado país, que carecía del más mínimo conocimiento sobre economía.

Carlos Pujol aportaba a sus traducciones la extensa cultura adquirida a lo largo del tiempo, y sobre todo, su capacidad para hacer suyas y para examinar con objetividad las distintas concepciones del mundo que implicaban las lenguas hacia y desde las que traducía.

José Manuel Lara Bosch

CARLOS PUJOL, UN HOMBRE TRANQUILLO

Una de las cosas menos frecuentes en esta vida es encontrarte con personas a las que puedas querer, respetar y admirar a la vez. Yo tuve la suerte de que esto me sucediera con Carlos Pujol.

Todo empezó a principios del verano del 63, cuando mi padre decidió poner en marcha la edición española de la Gran Enciclopedia Larousse. Habló con una persona en la que confiaba mucho —Martín de Riquer, catedrático de la